

perlas. Roberto Kurtis ha pensado en intentar la aventura, pero no le hemos dejado hacerlo, porque los tiburones son muchos y seria sacrificarse sin ningún provecho, exponiéndose á una muerte segura.

Observo aquí que si puede lograrse engañar la sed, ya bañándose en el agua de mar, ya poniendo en la boca algún objeto de metal, no sucede lo mismo respecto del hambre, porque nada puede suplir la sustancia nutritiva. Además, el agua se produce siempre por un hecho natural, la lluvia, por ejemplo, y por consiguiente nunca se pierde la esperanza de haberla, pero se puede perder completamente la de hallar de comer.

Ahora bien, nosotros hemos llegado á ese punto; y si he de confesar todo lo que pasa, debo decir que algunos de mis compañeros se miran con ávidos ojos. Ya se comprenderá en que pendiente están nuestras ideas y á qué actos de salvajismo puede impulsar la miseria á ce-

## XLVI.

A SED COMPARADA CON EL HAMBRE.—MIS  
COMPAÑEROS SE MIRAN MUTUAMENTE CON  
AVIDEZ.—OLOR ESPECIAL A CARNE.—ME  
ARRASTRO COMO UNA CULEBRA.—EL TRO  
ZO DE TOCINO.—LUCHA.—HE COMIDO.

17 de Enero.

Si nuestra sed se ha calmado un instante, el hambre, por consecuencia natural, nos ha acometido con más violencia. ¿No hay ningún miedo, sin anzuelo ni cebo de apoderarse de uno de esos tiburones que hormigean alrededor de la balsa? No, á no ser que nos arrojemos al mar para atacar á esos mónstruos á puñaladas en su propio elemento, como lo hacen los indios de las pesquerías de



rebros agitados de un solo pensamiento.

Desde que las nubes tempestuosas nos han dado media hora de lluvia el cielo ha vuelto á quedar despejado; el viento ha refrescado un instante, pero pronto se calma y la vela cuelga á lo largo del mástil; por lo demás ya no consideramos el viento como un motor. ¿Dónde está la balsa? ¿A qué punto del Atlántico la han empujado las corrientes? Nadie puede decirlo, y así nos es indiferente que el viento sople del Este ó del Norte ó del Sur. No pedimos más que una cosa á esta brisa, y es que refresque nuestros pechos, que mezcle un poco de vapor con el aire seco que nos devora y que temple este calor, que desde el zénit nos envía un sol de fuego.

Empieza á anochecer y la noche será oscura hasta las doce, hora en que saldrá la luna, que entra en el cuarto menguante.

Las constelaciones, un poco cubiertas

de bruma, no proyectan ese centelleo magnífico que ilumina las noches frías.

Acometido de una especie de delirio, y bajo la impresión de una hambre atroz que se aumenta con la caída del día, me tiendo sobre un paquete de velas á estribor, y allí me inclino sobre las olas para aspirar su frescura.

Entre mis compañeros que se hallan también tendidos en su sitio acostumbrado, ¿cuántos encuentran en el sueño un olvido de sus padecimientos? Ninguno quizá; en cuanto á mí, tengo el cerebro vacío y acometido de pesadillas.

Se apodera de mí un sopor enfermizo que no es ni la vigilia ni el sueño. No podría decir cuanto tiempo he permanecido en este estado de postración: todo lo que recuerdo es que en cierto momento me ha sacado de él una sensación particular.

No sé si sueño, pero mi olfato se encuentra herido por un olor que hace tiempo no se ha observado á bordo. Es



como una emanación vaga que un resto de brisa me trae de cuando en cuando. Las ventanas de mi nariz se hinchan y aspiran. ¿Qué olor es este? Estoy á punto de gritar... Una especie de instinto me contiene, y registro en mi memoria una palabra, un nombre olvidado que aplicar á este olor.

Pasan algunos instantes. La intensidad de la emanación, más fuerte que nunca, excita en mis aspiraciones mas vivas.

—Pero, me digo de repente, y como un hombre que recuerda al fin un hecho, ese es un olor á carne cocida.

Una aspiración más activa me cerciora de que mis sentidos no me han engañado, y sin embargo, en esta balsa...

Me levanto sobre las rodillas y aspiro de nuevo, sorbiendo por las narices, si se me permite esta expresión, el aire ambiente... Reconozco la misma emanación; estoy, pues, bajo el viento del objeto que

produce ese olor, y por consiguiente el objeto se encuentra á proa de la balsa.

Dejo el sitio que ocupaba arrastrándome como una culebra, registrando, no con la vista, sino con el olfato, escondiéndome bajo las velas, entre las berlinas, con la prudencia de un gato y no queriendo de modo alguno despertar la atención de mis compañeros.

Durante algunos minutos me arrastro así por todos los rincones, guiándome por el olfato como un perdiguero. Una vez se me escapa la pista, ya sea que me aleje del objeto, ya que la brisa caiga, y otra vez la emanación llega á mi nariz con una intensidad nueva. En fin, vuelvo á hallar la pista, la sigo y siento que voy derecho al objeto.

En aquel momento llego al ángulo de estribor á popa de la balsa, y reconozco que el olor que ha llamado mi atención proviene de un pedazo de tocino ahumado: no me engaño; todas las papilas de mi lengua se erizan de deseo.



Tengo que introducirme bajo una es-  
pesa cubierta de velas; nadie me ve, na-  
die me oye; me adelanto sobre las rodi-  
llas y sobre los codos, y alargo el brazo;  
mi mano cae en un objeto envuelto en  
un pedazo de papel; le retiro rápidamen-  
te y le miro á la claridad de la luna, que  
en aquel momento asoma en el hori-  
zonte.

No es una ilusión. Tengo en mi mano  
un pedazo de tocino, apenas un cuarte-  
rón, pero con el cual puedo calmar por  
todo un día mis tormentos. Le llevo á la  
boca...

Una mano coge la mía. Me vuelvo con  
teniendo apenas un rugido, y conozco al  
mayordomo Hobbart, su salud, relativa-  
mente mejor que la nuestra, sus gemidos  
hipócritas. En el momento del naufragio  
ha podido salvar algunas provisiones y  
las ha reservado para sí alimentándose  
con ellas mientras que nosotros nos mo-  
ríamos de hambre. ¡Ah miserable!

Pero no; Hobbart ha obrado prudente-

mente; encuentro que es un hombre pre-  
cavido, previsor, y si ha conservado al-  
gún alimento sin que lo sepamos los de-  
más, tanto mejor para él...y para mí.

Hobbart no lo entiende así. Coge mi  
mano y trata de recobrar el pedazo de  
tocino, pero sin hablar porque no quiere  
atraer la atención de sus compañeros.

Yo tengo el mismo interés que él en  
callar, porque no nos conviene que otros  
vengan á arrancarnos esta presa. Lucho,  
pues, silenciosamente, pero con tanto más  
furor cuanto que oigo á Hobbart decir  
entre dientes: "Mi último bocado, mi  
último alimento."

Su último bocado. Es preciso que sea  
mío á toda costa; le quiero y le tendré.  
Me avalanzo á la garganta de mi adversa-  
rio, la aprieto entre mis manos y en bre-  
ve queda sin movimiento.

Y mientras tengo á Hobbart derrivado,  
me llevo á la boca con la otra mano el  
pedazo de tocino, y le como con rabia.



Después, soltando al desdichado, me arrastro de nuevo y vuelvo á mi sitio á popa.

Nadie me ha visto. He comido.

XLVII.

ANSIEDAD.—UN OBJETO EXTRAÑO.—SE CORTA LA CUERDA AL MOMENTO.—HORRIBLE BANQUETE.—¿EXPERIMENTO ENVIDIA U HORROR?

18 de Enero.

Espero el día con singular ansiedad. ¿Qué dirá Hobbart? Me parece que tendrá derecho para denunciarme. No es absurdo; si cuento lo que ha pasado, si digo que Hobbart ha vivido mientras nosotros nos moríamos de hambre, que se ha alimentado sin saberlo nosotros, perjudicándonos, sus compañeros le matarán sin piedad.

Nos importa, quisiera que ya fuese de día.



El hambre se ha contenido momentáneamente aunque aquel pedazo de tocino era poca cosa, un bocado, el último, como ha dicho aquel miserable. Sin embargo, ya no padezco y lo digo desde el fondo de mi corazón, siento un remordimiento de no haber repartido ese miserable resto con mis compañeros. Habría debido pensar en miss Herbey, en Andrés, en su padre...no he pensado más que en mí.

La luna sube hacia el zenit, y pronto los primeros albores de la mañana la siguen. El día vendrá rápidamente porque estamos en esas latitudes bajas que no conocen el alba ni el crepúsculo.

No he pegado los ojos. Desde los primeros resplandores me parece que veo una masa informe que se balancea hacia la mitad del mástil.

¿Qué objeto es ese? No puedo distinguirlo todavía y permanezco tendido sobre el montón de velas.

Pero los primeros rayos del sol rozan la superficie del mar, y pronto veo un cuerpo que colgando al extremo de una cuerda obedece á los movimientos de la balsa.

Un irresistible presentimiento me arrastra hacia ese cuerpo y llego al pié del mástil.

Es el de un ahorcado, y ese ahorcado es el mayordomo Hobbart. ¡Desdichado, yo soy, yo, quien le ha llevado al suicidio!

Lanzo un grito de horror. Mis compañeros se levantan, ven el cuerpo, se precipitan...pero no es para saber si queda en él algún resto de vida...Por lo demás Hobbart está muerto y su cadáver se encuentra ya frío.

En un instante se corta la cuerda. El contramaestre, Daoulas, Jynxtrop, Falsten y otros, están ya inclinados sobre el cadáver...

No, ¡no lo he visto! no lo he querido ver. No he tomado parte en ese horri-



ble banquete. Ni miss Herbey, ni Andrés Letourneur ni su padre, han querido pagar á semejante precio un alivio á sus padecimientos.

En cuanto á Roberto Kurtis lo ignoro...no me he atrevido á preguntárselo.

Los demás, el contramaestre, Daoulas, Falsten, los marineros...¡Oh! el hombre convertido en fiera...¡Es espantoso!

Los Letourneur, miss Herbey y yo nos hemos ocultado bajo la tienda, y no hemos querido ver nada. Era ya demasiado lo que veíamos.

Andrés Letourneur queria arrojarse sobre estos caníbales y arrancarles los horribles restos del cadáver. He tenido que luchar con él para contenerlo.

Y sin embargo, era el derecho de aquellos desdichados; Hobbart estaba muerto; no le habían matado ellos; y como dijo un día el contramaestre "más vale comer un muerto que un vivo."

¡Quién sabe ahora si esta escena no es

más que el prólogo de algún drama abominable que va á ensangrentar la balsa!

He hecho todas estas observaciones á Andrés Letourneur, pero no he podido disipar el horror que en él ha llegado á su colmo.

Sin embargo, debe pensarse en que estamos muriéndonos de hambre, y en que ocho de nuestros compañeros van quizá á librarse de esta muerte espantosa.

Hobbart, gracias á las provisiones que habia ocultado, era el mas sano de todos; ninguna enfermedad argánica habia alterado sus tejidos; habia cesado de vivir en plena salud tan solo por un golpe brutal. ¿Pero á qué horribles reflexiones se deja llevar mi espíritu? Esos caníbales ¿me causarían más envidia que horror?

En este momento uno de ellos levanta la voz. Es el carpintero Daoulas.

Habla de hacer evaporar el agua del mar al sol, á fin de recoger la sal.

—Y salaremos lo que queda, dice.



—Si, responde el contramaestre.

Después, todos guardan silencio. Sin duda la proposición del carpintero ha sido aceptada porque no vuelvo á oír mas; se establece un silencio profundo á bordo de la balsa, y deduzco que mis compañeros duermen.

Ya no tienen hambre.



XLVIII.

EXASPERACION.—¿QUIEN LO HA HECHO?—  
REGISTRO GENERAL.—INUTIL PESQUIZA.  
ANDRES APARTA LA VISTA CUANDO LE  
MIRO.

19 de Enero.

Durante el día 19 de Enero, el mismo cielo, la misma temperatura; la noche llega sin producir ninguna modificación en el estado de la atmósfera; no he podido dormir ni siquiera una hora.

Por la mañana oigo gritos de cólera que estallan á bordo.

Los Letourneur y miss Herbey que están conmigo bajo la tienda, se levantan; retiro la tela y miro lo que pasa.

El contramaestre, Daoulas y los otros marineros, se encuentran terriblemente



exasperados. Roberto Kurtis sentado á popa, se levanta, é informado de lo que excita su furor trata de calmarlos.

—No, no, hemos de saber quién lo ha hecho, dice Daoulas dirigiendo una mirada feroz en torno suyo.

—Sí, responde el contra maestre, hay aquí un ladrón, pues que ha desaparecido lo que nos quedaba.

—No soy yo. Ni yo, responden uno tras otro los marineros.

Y veo á aquellos desgraciados registrando todos los rincones, levantando las velas y las berlingas. Su cólera se acrecienta al ver que sus investigaciones son inútiles.

El contra maestre se llega á mí y me dice:

—Usted debe conocer al ladrón.

—No sé lo que quiere usted decirme, le respondo

Daoulas y algunos otros marineros se aproximan.

—Hemos registrado toda la balsa, dice

Daoulas; no queda por visitar más que esta tienda.

—Ninguno de nosotros ha salido de ella, Daoulas.

—Ahora lo veremos.

—No; deje usted en paz á los que se mueren de hambre.

—Señor Kazallon, me dice el contra maestre conteniéndose, nosotros no le acusamos á usted... Si alguno de ustedes hubiera tomado su parte no habiéndola querido tomar ayer, estaba en su derecho, pero todo ha desaparecido. ¿Lo oye usted? Todo.

—Registremos la tienda, exclama Daoulas.

Los marineros se adelantan. No puedo resistir á estos desdichados cegados por la cólera. Un horrible terror me asalta: ¿será que Mr. Letourneur, no para sí, sino para su hijo haya llegado hasta tomar?... Si lo ha hecho va á ser descuartizado por esos furiosos.

Miro á Roberto Kurtis como para pe-



dirle protección y Roberto Kurtis viene á ponerse á mi lado: tiene las manos metidas en los bolsillos pero adivino que están armadas.

Entre tanto por orden del contra maestre miss Herbey y los Letourneur han debido salir de la tienda, la cual ha registrado hasta sus rincones más secretos, por fortuna en vano.

Es evidente, pues, que los restos de Hobbart han sido arrojados al mar.

El contra maestre, el carpintero y los marineros están poseídos de la mas espantosa desesperación.

¿Pero quién ha hecho eso? Miro á miss Herbey y á Mr. Letourneur; sus miradas me responden que no son ellos.

Dirijo la vista en seguida á Andrés que vuelve por un momento la cabeza.

¡Desdichado jóven! ¿es él? Y si ha sido él, ¿comprende las consecuencias de su acción?

## XLIX.

LA SED DE NUEVO.—CUARENTA Y DOS DIAS.  
—EL DELIRIO.—JYNXTROP.

Del 20 al 22 de Enero.

Durante los dias siguientes los que han tomado parte en el horrible banquete del 10 de Enero han padecido poco habiendo comido y bebido.

Pero miss Herbey, Andrés Letourneur, su padre y yo padecemos tormentos indecibles. Quizá sentimos hayan desaparecido los restos de Hobbart. Si uno de nosotros muere, ¿resistiremos?...

El contra maestre, Daoulas y los demás vuelven en breve á tener hambre y nos miran con ojos extraviados. ¿Somos quizá una presa asegurada para ello?



A la verdad lo que nos hace padecer más no es el hambre, sino la sed. Si, entre algunas gotas de agua y algunas migajas de galleta ninguno de nosotros vacilaría. Esto se ha dicho siempre de los naufragos que se han encontrado en las circunstancias en que estamos nosotros, y es verdad. La sed causa más tormentos que el hambre y mata también mas pronto.

Y, ¡suplicio espantoso! tenemos alrededor nuestro esa agua del mar que nuestros ojos ven y que es tan semejante al agua dulce. Muchas veces he tratado de beber algunas gotas, pero ha provocado en mí náuseas insuperables y una sed más ardiente que antes de haberla bebido.

¡Ah, esto es demasiado! Hace cuarenta y dos días que abandonamos el buque. ¿Quién de nosotros puede hacerse ya ilusiones? ¿No estamos destinados á morir uno después de otro y de la peor de las muertes?

Siento que una especie de niebla se va espesando alrededor de mi cerebro. Es como un delirio que va á apoderarse de mí. Lucho por recobrar mi inteligencia que se escapa: el delirio me espanta. ¿A dónde va á conducirme? ¿Sería bastante fuerte para recobrar mi razón.

He vuelto en mí, no sé después de cuantas horas. Mi frente está cubierta de compresas empapadas en agua del mar por miss Herbey, pero conozco que me queda poco tiempo de vida.

Hoy, 22, hemos presenciado una escena espantosa. El negro Jynxtrop súbitamente acometido de un acceso de locura furiosa, recorre la balsa dando ahullidos; Roberte Kurtis quiere contenerle pero en vano: se arroja sobre nosotros para devorarnos y es preciso defenderse contra los ataques de esa bestia feroz. Ha tomado un espeque y es difícil parar sus golpes.

Pero de repente, por una reacción sólo explicable por el ataque de cólera, se



vuelve su rabia contra sí mismo: se desgarrá las carnes con dientes y con uñas y nos arroja la sangre al rostro gritando:

—¡Bebed bebed!

Durante algunos minutos se agita de este modo dirigiéndose hácia proa de la balsa y repitiendo siempre:

—¡Bebed, bebed!

Después se lanza y oigo caer su cuerpo en el mar.

El contramaestre, Falsten, Daoulas se precipitan á proa de la balsa para recoger el cuerpo pero no ven más que un ancho círculo rojo en medio del cual se mueven monstruosos tiburones.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1025 MONTERREY, N.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

L.

ONCE A BORDO.—REFRESCA EL VIENTO.—EL  
CAPITAN.—MISS HERBEV.—EL CONTRA-  
MAESTRE.

22 y 23 de Enero.

No somos ya más que once á bordo y me parece imposible que de hoy en adelante no contemos cada día una nueva víctima. El fin de este drama, cualquiera que sea, se aproxima, y antes de ocho días ó hemos llegado á tierra ó nos habremos salvado en un buque ó habrá perecido hasta el último de nosotros.

El 23 el aspecto del cielo ha cambiado y la brisa ha refrescado notablemente. El viento durante la noche se ha inclinado al Nordeste; se hincha la vela de la balsa y una estela muy marcada indica



que se mueve rápidamente. El capitán calcula que andamos á tres millas por hora. Roberto Kurtis y el ingeniero Falsten son sin duda los que están más fuertes entre nosotros. Aunque su delgadez es extrema, soportan de un modo sorprendente las privaciones. No podría pintar hasta que punto de estenuación se encuentra reducida miss Herbey. Ya no tiene mas que alma, pero alma valiente todavía y su vida parece haberse refugiado en los ojos que brillan extraordinariamente. Vive en el cielo, no en la tierra.

Hombre de grande energía, sin embargo, aunque ahora está completamente abatido, es el contramaestre. Nadie le conocería: con la cabeza inclinada sobre el pecho, sus largas manos huesudas apoyadas en las rodillas cuyas rótulas agudas se marcan bajo su pantalón gastado, permanece invariablemente en un rincón de la balsa, sin levantar nunca los ojos. Bien diferente de miss Herbey no vive

mas que para el cuerpo y su inmovilidad es tal que á veces supongo que ha cesado de vivir.

Ya no se habla, ya ni siquiera se gime en la balsa. Silencio absoluto. No se cruzan diez palabras al día; por lo demás las pocas palabras que nuestra lengua y nuestros labios tumefactos y endurecidos podrian pronunciar serian absolutamente ininteligibles. La balsa no lleva más que espectros estenuados sin sangre que no tienen nada de humano.



¿Por qué tomarse este trabajo? ¿Que se desunan al fin esas tablas, que nos traque el Océano: demasiado tiempo estamos ya disputándole nuestra miserable vida!

A la verdad nuestros tormentos han llegado al más alto grado que puede el hombre tolerar, y es imposible que pasen más allá. El calor es insoportable: es plomo derretido lo que el cielo vierte sobre nosotros.

El sudor nos inunda al través de los harapos que nos cubren, y esta transpiración aumenta nuestra sed.

No, no puedo pintar lo que experimento: me faltan palabras para expresar dolores sobrehumanos. El único medio de refrescarnos que hemos podido emplear algunas veces es imposible ahora: ninguno de nosotros puede pensar en bañarse porque desde la muerte de Jynxtrop los tiburones que llegan por bandadas rodean la balsa.

## LI.

CAE LA BRISA.—EL CAPITAN CONSERVA ESPERANZAS.—FLAYPOL DELIRA.—SI QUIERE MATARSE NO LO HARA COMO JYNXTROP.

24 de Enero.

¿Dónde estamos? ¿hacia qué parte del Atlántico va empujada la balsa? Dos veces he preguntado á Roberto Kurtis y no ha podido responderme sino vagamente. Sin embargo, como ha notado siempre la dirección de las corrientes y de los vientos, piensa que hemos debido ser impulsados hacia el Oeste, es decir hacia la tierra.

Hoy la brisa ha caído completamente. Sin embargo, existe en la superficie del mar una grande ondulación que indica



He tratado de proporcionarme un poco de agua potable haciendo evaporar el agua del mar; pero á pesar de mi paciencia apenas consigo humedecer un pedazo de lienzo. Por otra parte, la caldera, que está muy usada, no ha podido resistir al fuego, se ha hendido y ha sido necesario abandonar la operación.

El ingeniero Falsten está ya casi aniquilado y no nos sobrevivirá sino muy pocos días. Cuando levanto la cabeza ya no le veo. ¿Se ha echado bajo las velas, ó está muerto? Sólo el enérgico capitán Kurtis está de pié á proa y mira. ¡Cuando pienso que ese hombre tiene todavía esperanza!

Yo voy á tenderme á popa: allí esperaré la muerte y cuanto más pronto venga será mejor.

Ignoro cuantas horas han trascurrido...de repente oigo carcajadas de risa. Sin duda alguno de nosotros se ha vuelto loco.

Las carcajadas redoblan, pero no levanto la cabeza. Poco me importa: sin embargo, algunas palabras incoherentes llegan hasta mí.

— ¡Una pradera, una pradera! árboles verdes y una taberna debajo de los árboles. ¡Pronto, pronto! ¡aguardiente, ginebra, agua, agua, aunque valga á doblón la gota, yo pagaré; tengo oro, tengo oro!

¡Pobre alucinado! Todo el oro del Banco no te daría una gota de agua en este momento.

Es el marinero Flaypol, que acometido de delirio exclama:

— ¡La tierra, la tierra está allí!

Esta palabra galvanizaría á un muerto. Hago un esfuerzo doloroso y me levanto. No hay semejante tierra: Flaypol se pasea por la plataforma, rie, canta y hace señales mostrando una costa imaginaria. Cierto que le faltan las percepciones directas del oído y de la vista, pero



están suplidas por un fenómeno cerebral. Por eso habla de sus amigos ausentes y les lleva á su taberna de Cardiff, llamada de las Armas de Jorge. Allí les ofrece ginebra, whisky, y agua, y agua sobre todo, agua que le embriaga. Se pasea, pisa los cuerpos tendidos, tropieza á cada paso, cae, se levanta y canta con voz avinada. Parece haber llegado al último grado de embriaguez. Bajo el imperio de su locura no padece ya, y hasta parece que se ha apagado su sed. ¡Ah, yo quisiera estar loco como él!

¿Pero va á concluir ese desdichado como el negro Jynxtrop, y á precipitarse en las olas?

Daoulas, Falsten y el contra maestre lo creen sin duda así porque si Flaypol quiere matarse no dejarán que lo haga sin *beneficio para ellos*: por eso se levantan, le siguen y le expían. Si Flaypel quiere arrojarse al mar, esta vez le disputarán á los tiburones.

No debía suceder así. Durante su alucinación Flaypol ha llegado al último grado de embriaguez como si hubiera bebido los licores de que hablaba en su delirio, y cayendo como una masa se sumerge en un sueño pesado.

